



*Incipit Vita Nova: An Approach to Ernst Bloch's Spirit of utopia*

# *Incipit Vita Nova: Acercamiento al Espíritu de la Utopía de Ernst Bloch*

DR. JAVIER MARTÍNEZ CONTRERAS

Centro de Ética Aplicada  
Universidad de Deusto  
javier.contreras@deusto.es

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp.2020.24.007>  
Bajo Palabra. II Época. N° 24. Pgs: 137-156



Recibido: 27/07/2020

Aprobado: 28/07/2020

## Resumen

En 1918 apareció publicado en Berlín el primer libro del filósofo alemán Ernst Bloch titulado *Espíritu de la Utopía*. Ese libro, nunca traducido al castellano, contiene el programa filosófico que Bloch desarrolló a lo largo de su vida y el marco conceptual básico que le sirvió para elaborar su pensamiento. Se presentan aquí algunas claves de esa obra tan pegada a su contexto. Un contexto histórico sumamente complejo en y para Alemania que queda perfectamente recogido en sus rasgos filosóficos más elocuentes por Bloch. Así mismo, se destacan dos de los conceptos centrales del pensamiento blochiano: *oscuridad-del-instante-vivido* y *todavía-no-sabido*, explicando su alcance y relación con uno de los capítulos centrales de la obra titulado *La forma de la pregunta inconstruible*.

**Palabras clave:** *Espíritu de la Utopía, Ernst Bloch, Oscuridad del instante vivido, Pregunta inconstruible.*

## Abstract

In 1918 was published in Berlin the first book of the German philosopher Ernst Bloch entitled *Spirit of Utopia*. That book, never translated into Spanish, entails the philosophical program developed by its author all his life long and the basic conceptual frame used to work out his thought. Here we introduce some keys to understand that work so attached to its context. A historical context extremely complex in and for Germany, that is perfectly reflected in its most eloquent philosophical features by Bloch. Two core concepts are specially stressed in this text: *darkness of the lived moment* and *not yet known*. We explain their scope and range specially linked to one of the main chapters of this book, called *The form of the unbuildable question*.

**Keywords:** *Spirit of Utopia, Ernst Bloch, Darkness of the lived moment, Unbuildable question.*

En el año 2018 se cumplió el primer centenario de la publicación de *Geist der Utopie* (en adelante *GdU*), *Espíritu de la Utopía*, el primer libro del filósofo alemán Ernst Bloch, autor conocido en castellano sobre todo por su obra magna, *El Principio Esperanza*. Con tal excusa buscamos aquí rescatar algunas de las ideas centrales de aquel texto inicial de un autor hoy extrañamente olvidado, a pesar de su evidente interés en estos tiempos de transición, en cierto sentido con algunas semejanzas a aquellos. Un autor que tuvo la ocasión de vivir los acontecimientos más relevantes de la historia europea desde finales del siglo XIX (nació en Ludwigs-hafen am Rhein en 1885) hasta el año de su fallecimiento en Tubinga, en agosto de 1977, y, además, tuvo el acierto de pensarlos en una filosofía capaz de una mirada al futuro además de un penetrante análisis de su presente.

*GdU* es un libro difícil<sup>1</sup>. La primera página, en la que se declara su propósito de forma un tanto hosca, su estilo cercano a una retórica en la que resuenan ecos bíblicos, sus materiales, aparentemente inconexos, y unas afirmaciones cuyas referencias desconocemos porque aluden a una Europa y a una Alemania que hace tiempo desapareció, desconciertan e incluso desaniman al lector actual. Y es que *GdU* es una composición inicial, un primer *collage* en el que se anuncian temas y problemas en torno a un concepto central -que el texto no desarrolla en profundidad, pero despliega y abre- muy pegados al momento de su escritura. Por eso es también un texto programático, una primera aproximación a temas, problemas, conceptos embrionarios y lugares que luego irán desgranándose y desarrollándose a lo largo y ancho de una obra prolija capaz de llenar una vida larga y azarosa: la de su autor. Él mismo, además, tampoco quedó muy satisfecho con la primera edición, la de 1918, de manera que se dedicó a retocarla y rehacerla hasta darle su forma definitiva en la edición de 1923. Esta incluía algunos cambios importantes tanto en los materiales como en el pulido de los textos, su mayor definición y esclarecimiento del sentido de alguna de sus tesis. Dadas estas dificultades y perplejidades, parece oportuno ofrecer algunas claves que ayuden a hacerse con referencias suficientes para poder comprender esta primera aproximación del autor al tema de la Utopía, resaltando uno de los extremos conceptuales en los que se movió todo su pensamiento: la pregunta y *la oscuridad del instante vivido*.

---

<sup>1</sup> Conviene advertir al lector que este texto nunca ha sido traducido al castellano. Parece que aparecerá pronto una primera traducción al portugués en Brasil, y hay traducciones al inglés, al italiano y al francés al menos.

Enzo Traverso usa de nuevo y con acierto la expresión “judaísmo paria” (Traverso, 2001, pág. 43) que, en su momento, Hannah Arendt pusiera en circulación a partir de su libro sobre Rahel Varnhagen<sup>2</sup> inspirada por la idea de “gente paria” apuntada por Max Weber<sup>3</sup>. La usa para referirse a una generación de intelectuales alemanes marcados por el exilio, capaces de zafarse de las convenciones impuestas por los discursos dominantes y las miradas tradicionales, y, en consecuencia, marginales y críticos. Son heterodoxos, disidentes. Si bien está pensando en el colectivo de autores exiliados a partir de 1933 y, sobre todo, a partir de 1940, no es descabellado usarla en el contexto de la Alemania de la Primera Guerra Mundial. Por su parte, Peter Gay (Gay, 2011) menciona a los “marginales del interior” en ambas guerras mundiales: un grupo de disidentes que se opone a los discursos militaristas, enardecidos y patriotas que conducen a la catástrofe a través de un río de violencia. Una inteligencia sin ataduras, sin servilismos y alejada de los hechizos que llueven sobre la sociedad de masas, obligada al exilio. En esta categorización cabría pensar a Ernst Bloch durante toda su vida, pero de manera muy especial en esas primeras décadas del siglo XX.

Bloch tiene treinta y dos años cuando se publica *Geist der Utopie*. Es su primer libro. Es sorprendente, porque ha estado unos años trabajando sobre un sistema desarrollando una teoría sobre lógica, y nada de eso hay en esta obra. El texto fue compuesto entre 1915 y 1917 en Grünwald am Isartal, en Baviera, cerca de Múnich (Zudeick, 1985, págs. 52-53). Por entonces vivía allí en un pequeño castillo con su primera mujer, Else von Stritzky, prematuramente fallecida en 1921. En la edición de 1923 -dedicada a la memoria de Else- que aparece como el tercer volumen de sus obras completas en la editorial Suhrkamp, Bloch incluye una “Observación posterior” (Bloch, 1964, pág. 347) en la que explica que intentaba realizar “una primera obra maestra expresiva, barroca, piadosa, con un objeto central. La música entretejida en el pozo del alma, como dice Hegel, cargada, un polvo de voladura en la relación sujeto-objeto” (Bloch 1964, 347)<sup>4</sup>. De lo que se trata es de poner negro sobre blanco la conciencia (el *Geist*) del fin de una época, de un mundo que ha volado por los aires con la Guerra, así como la fuerte convicción de que surge un mundo nuevo contra la guerra, mundo que aspira a volver a ser un hogar a través

---

<sup>2</sup> Cf. Hanna Arendt (2018) *Rahel Varnhagen. Lebensgeschichte einer deutsche Jüdin aus der Romantik*. Munich, Piper. (La primera edición es de 1959, si bien el texto se terminó en 1938 en París, según confiesa su autora en una carta a Karl Jaspers fechada el 7 de septiembre de 1952. El conjunto de textos de Arendt sobre la cuestión judía desarrollados a partir de esta tipología básica (paria y advenedizo) puede consultarse en Hannah Arendt (2008), *Jewish Writings*. Nueva York Schocken Books, o en (2019) *Wir Juden*. Munich, Pieper, y en castellano en (2016) *Escritos Judíos*. Barcelona, Paidós.

<sup>3</sup> Así lo confiesa la propia autora en (1959) “The Jew as Pariah: a hidden tradition” *The Reconstructionist vol 25* (3), pp. 2-9.

<sup>4</sup> La traducción es mía.

de los hombres y de la verdad. La plenitud de esta primera y tentativa aproximación a la filosofía de la Utopía se dará en *El Principio Esperanza*. Lo específico, lo propio de este primer texto, familiarizado con lo malo y con lo salvífico, es una *gnosis revolucionaria* ((Bloch 1964, 347). ¿En qué sentido? ¿Qué es ese *Geist* del título? ¿Por qué una *gnosis revolucionaria*? ¿Qué la inspira?

Hay algunos datos, algunos acontecimientos en la vida de Bloch que ponen de manifiesto rasgos de su carácter que, a su vez, arrojan luz sobre su mirada filosófica sobre el mundo. Si los menciono, es con la intención de aclarar el lugar desde el cual Bloch habla y presenta su peculiar propuesta teórica y práctica. La propuesta de un *paria*, de una inteligencia en los márgenes, sin ataduras, libre, que, precisamente por situarse epistemológicamente en ese lugar, es capaz de ver lo que otros no ven, con tintes cosmopolitas (y, en ese sentido, universales) y con pretensiones de transformación en medio de una sociedad golpeada y decadente.

Si hemos de fiarnos de lo que cuentan sus biógrafos (Zudeick, 1985) (Münster, 2004), el tándem de los jóvenes doctorandos y luego doctores Bloch-Lukács se ganó fama de geniales y de insoportables en los círculos de Weber en Heidelberg y de Simmel en Berlín. No terminaban de encajar en los ambientes académicos alemanes, y en el momento en que se declaró la Primera Guerra Mundial, sus distancias se marcaron con mayor rotundidad si cabe. Tanto Max Weber como Georg Simmel no solo saludaron con entusiasmo el belicismo del Káiser, sino que alentaron y arregaron a la juventud alemana fomentando su participación en la contienda. Bloch criticó públicamente esa actitud, hasta el punto de que tras entregar el manuscrito de *GdU* se exilió voluntariamente a Suiza. Sus motivos no tenían que ver sólo con su crítica, cada vez más acerba y explícita al discurso dominante en la Alemania de los años de la Gran Guerra, sino también con su miedo a ser reclutado y llamado a filas a pesar de haber sido descartado en su momento debido a su galopante miopía. De hecho, la mención que hace en el manuscrito a la revolución rusa de octubre de 1917 (Bloch, 1971, pág. 297) hace pensar que corrigió las pruebas de imprenta ya en el exilio suizo (Zudeick, 1985, pág. 56).

El trasfondo de esta situación, recogido como un eco en el texto, es la guerra. *GdU* es un libro escrito contra la guerra, contra Prusia, contra Austria, y claramente posicionado en contra de su conexión capitalista e imperialista (Bloch, *Tendenz-Latenz-Utopie*, 1985, págs. 380-381). La guerra y sus consecuencias nefastas son esa vida vacilante y sinsentido que en tales términos es aludida en las primeras líneas del libro: los mediocres, los miserables, los corruptos, los usureros, el triunfo de la estupidez apoyado y sostenido por la vigilancia policial y por aquellos intelectuales fascinados por el horror nihilista de la destrucción y la muerte. Así retrata Bloch la realidad en la que vive y que pareciera detestar. Pero la guerra no es sólo un negocio

-de altísimos costes- sostenido por un aparato ideológico falaz. Se trata también del estallido de una forma de vida ligada al maquinismo y, en extraña expresión blochiana, “de una edad del alejamiento de Dios” (Bloch, 1971, pág. 73). Esa figura alude a una época, la de la industrialización, que convierte todo en inanimado e inhumano. En una observación no exenta de ironía, señala el autor que la gran aportación de esta época es el cuarto de baño y el excusado, lugares en los que predomina la limpieza, la asepsia, lo impersonal. Ese alejamiento de lo divino es interpretado como un alejamiento de sí mismo, y raíz de la deshumanización que el texto denuncia y pretende superar.

Es cierto, como el propio Bloch reconoce, que la influencia de su mujer Else se deja notar precisamente en la presencia de lo religioso, del cristianismo, en esta su primera obra. Pero no hay que confundirse. El gesto blochiano radica, precisamente, en una interesante e inteligente mirada que descubre en la tradición religiosa ese gnosticismo que habla de la dialéctica entre las tinieblas y la luz. Un conocimiento que, penetrando en el presente y sus ruinas, es capaz de rescatar cuanto atisbo de luz, de novedad, de salvación, hay, no solo en él sino en el pasado, precisamente para poder pensar el futuro. Y esa luz la encuentra en los sujetos y en su relación con las ruinas del mundo. Hay un talante de cambio, la sensación corroborada por los acontecimientos de que el viejo orden del mundo se ha venido abajo, ligada al anhelo de lo nuevo, al *pathos* de un tiempo final que también es un tiempo inicial, auroral, que deja atrás una sociedad burguesa que ha disfrazado sus inconfesables intereses tras una ideología que sólo cabe desenmascarar (Münster, 2004, págs. 89-91). El anhelo de salvación, de transformación, reforzado por su amistad con Hugo Ball en el exilio suizo, se nutrirá de la mística alemana y de lo que Bloch llama un verdadero cristianismo que no es el de las iglesias cristianas. Ese se encarnará en el ser humano mismo: el ornamento pone de relieve que la voluntad humana tiene la capacidad de configurarse a sí misma porque es capaz de configurar el espacio en que habita (Bloch, 1985, pág. 382). Y en la religión está el encuentro con el Otro que salva, figura que Bloch traducirá aquí como el encuentro con uno mismo, igualmente posible y reconocible en el ornamento<sup>5</sup>.

---

<sup>5</sup> Esta inspiración y atención a la religión, sobre todo a su vertiente mesiánico-salvífica tan presente en el judeo cristianismo, es un rasgo epocal. Así queda reflejado en la impronta del nuevo romanticismo de autores como Walter Benjamin, Gyorgy Luckacs, Gershom Scholem o Franz Rosenzweig, tal como expone Michael Löwy (2015) *Judios heterodoxos. Romanticismo, mesianismo, utopía*. Barcelona, Anthropos, o como recogen los escritos de esta época de Hugo Ball. Me refiero sobre todo a (2011) *Crítica de la Inteligencia Alemana*. Madrid, Capitán Swing, a su añadido, 4 años más tarde según confiesa el autor en su prólogo (2016) *Cristianismo Bizantino*. Córdoba, Berenice, o su muy interesante “Las consecuencias de la Reforma”, de 1919, escrito durante sus años de contacto con Bloch y Benjamin en Berna, traducido por primera vez al castellano en (2013) *Dios tras dadá. Las consecuencias de la Reforma y Teología política de Carl Schmitt*. Córdoba, Berenice.

La guerra, proceso deshumanizador y destructivo donde los haya, no es el único rasgo epocal de resonancia en *GdU*. Los inicios de la República de Weimar con la expulsión del Káiser, la Revolución Rusa de Octubre ya mencionada o el Expresionismo tienen su peso y correspondiente reflejo, más o menos tangencial, más o menos directo, en el texto. De todos ellos, considero decisivos tanto los inicios de Weimar como el Expresionismo. Si bien es cierto que el propio Bloch consideró manida la referencia de su obra a esa corriente artística, también dice que no se ha llevado lo bastante lejos (Bloch, 1985, págs. 380-381).

El nacimiento de la República de Weimar, como se sabe, fue tan convulso como cabía esperar en una Alemania no sólo derrotada, sino también agotada y, sobre todo, humillada por los vencedores -especialmente por Francia- (Kaes, Jay, & Dimendberg, 1995). La República fue proclamada por el socialdemócrata Philipp Scheidemann el 9 de noviembre de 1918, justo al día siguiente de la abdicación y huida del Káiser Guillermo II a Holanda. En ese momento, Alemania estaba exhausta: la guerra dejó 1,8 millones de muertos y más de 4 millones de heridos. Los trastornos psicosociales, el talento desperdiciado y perdido y la desesperación ante la devastación no había forma de calcularlo (Weitz, 2009, págs. 11-55). La guerra concluyó el 11 de noviembre de 1918, sin haberse firmado el tratado de Versalles. Tratado que supuso el fin oficial de las hostilidades entre la Alemania del segundo Reich y los aliados, que se firmaría el 28 de junio de 1919 con intervención del gobierno socialdemócrata alemán, entrando en vigor el 10 de enero de 1920. Es conocido el efecto terrible que las capitulaciones de Versalles tuvieron sobre la división interna del país, ya de por sí dividido políticamente durante la contienda. Pero la convulsión, la incertidumbre y la confusión que marcaron la cotidianidad alemana no fueron, por desgracia, cosa de los primeros pasos de la República, sino su carácter hasta su desaparición. De hecho, aparece una figura política conocida como los “republicanos por sensatez” (*Vernunftrepublikaner*) -entre ellos, el premio Nobel Thomas Mann, por ejemplo- que no son republicanos por convencimiento, sino porque se dan cuenta de que es la mejor, o quizá la única, salida para Alemania en ese momento de su historia y prestan un inestimable apoyo intelectual a la República. No hay que olvidar que Alemania se durmió imperial el 7 de noviembre, el 8 de noviembre por la noche su káiser abdicó y huyó y, el 9 de noviembre de 1918, se proclamó republicana. Pero no se hizo demócrata de la noche a la mañana, como los acontecimientos históricos posteriores se encargaron de demostrar con total rotundidad (Sobiella, 2019).

La izquierda alemana, desde los socialdemócratas gobernantes de Friedrich Ebert hasta los comunistas, se movía entre el rechazo o la acogida a la revolución comunista rusa, pasando por el asesinato de varios líderes socialistas y comunistas. Los

más famosos fueron los asesinatos de los líderes espartaquistas Rosa Luxemburg y Karl Liebknecht (Weitz, 2009, págs. 118-121), acontecidos en enero de 1919, a manos de los *Freikorps* y consentidos -cuando no alentados- por el propio gobierno. Esa agitación tan desasosegante se prolongó durante todo el tiempo de la República hasta que los nazis ganaron las elecciones en julio de 1932 y Adolf Hitler fuera nombrado canciller en enero de 1933. Y a pesar de todo eso, la República era “el gran instrumento capaz de aunar lo personal y lo colectivo, lo singular y lo universal, lo alemán y lo europeo, la Ilustración y el Romanticismo” (Weitz, 2009, pág. 298) y, por ello mismo, expresión auténtica de humanidad, aquella tan maltratada, tan deteriorada por la guerra.

Sin embargo, o quizá por eso, la vida cultural de la República de Weimar fue una explosión de creatividad sin parangón en el siglo XX. Probablemente el período histórico de mayor creatividad y con mayor talento de la historia del pasado siglo en Europa. No hay duda de que Bloch fue un intelectual de Weimar. Y decir eso es decir que los rasgos generales de la filosofía que nacía en *GdU* están estrechamente emparentados con la corriente artística e intelectual estrella del momento: el expresionismo (Münster, 2004, págs. 87-105).

Es complicado caracterizar el expresionismo. Es un fenómeno artístico, sí, pero también un ambiente social, un imaginario colectivo que se entiende a sí mismo “como revolución, como salida, alzamiento, transformación, en la que se expresa la voluntad de transformación fundamental de las actuales relaciones sociales” (Hamann & Hermand, 1976, pág. 8). Sus sátiras y ataques se dirigen a la nobleza Guillermina, al sistema capitalista autoritario propietario, su deformación de la naturaleza humana, sus mecanismos de represión política internos y sus anhelos conquistadores imperialistas (Hamann & Hermand, 1976, pág. 9). El resultado de su activismo es un modo de pensar, un *pathos*, que se dirige inmediatamente al espacio público en cada expresión lingüística o artística. El arte convertido en instrumento de transformación social: “se quiere avivar una “cruzada del Espíritu” que no conoce ni límite ni medida apelando a la humanidad” (Hamann & Hermand, 1976, pág. 13) .

*GdU* fue acogido con agrado y dio a conocer de repente a su autor. Por una de esas azarosas casualidades, el lector de la editorial Duncker & Humblot envió el manuscrito a Georg Simmel para su valoración. Simmel y Bloch no terminaron especialmente bien tras el paso del segundo por el *Colloquium* del primero, pero éste contestó diciendo al editor que, si bien en el texto había “mucho incomprensible, muy subjetivo, fantasioso, desorganizado” (Zudeick, 1985, pág. 69) era tan interesante y original que había que publicarlo. En cualquier caso, los expresionistas reconocieron en el texto su *pathos* romántico y revolucionario. Así, Friedrich



Burschell en un artículo publicado en *Die Neue Rundschau* en 1918, destaca el hecho de que se había olvidado lo que era la Filosofía y que gracias a Bloch sabemos de nuevo qué es un filósofo y cuál la posición que ocupa en la sociedad (Burschell, 1965). Y también Margarete Susman, en su artículo sobre GdU publicado el 12 de enero de 1919 en el diario *Frankfurter Zeitung* celebra el texto como una luz extrañamente brillante en medio de la terrible oscuridad de la guerra. Una luz que brilla como una nueva metafísica alemana (Susman, 1965) (Susman, 1992, págs. 22-30). Se dio, como parece, una muy feliz coincidencia: un sentimiento vital expresionista cultivado desde distintos ambientes y tribunas, y un autor capaz de hacerlo sonar en plenitud aunando todas sus intuiciones: la crítica a la sociedad burguesa, la mentira e hipocresía que la cobijaban -las novelas de Thomas Mann *Los Buddenbrook* (1901) y *La Montaña Mágica* (1925) son testimonio suficiente de ese mundo-, la mediocridad de los dirigentes y quienes les apoyan, el rechazo a la (doble) moral burguesa, la reivindicación de la *Bildung* y el cultivo del espíritu frente a la mecanización y comercialización de la sociedad, la denuncia horrorizada del vacío de las relaciones humanas y su cosificación. Pero también, y a partir de tal rechazo, el anhelo de un ser humano renovado, de una nueva religión, de una sociedad fraternal, socialista, hecha a la medida de lo mejor del ser humano. *Grosso modo*, este es el núcleo temático central del expresionismo, y también las temáticas que comparecen en *GdU*. No obstante, conviene destacar, como hace Arno Münster (Münster, 2004, págs. 94-95) que la tendencia al nihilismo que puede apreciarse en la apocalíptica religiosa o en algunos poemas y dramas del expresionismo es completamente ajena a la obra de Bloch. El concepto filosófico “nada” no es un concepto operativo en el constructo blochiano. De hecho, uno de sus grandes hallazgos, intuitivos, pero no desarrollados hasta la segunda edición de esta obra, es el “todavía-no” aprendido en contacto con la escatología cristiana. Lo que no es, eso que pudiera llamarse nada, es tal dentro de una corriente temporal que reúne pasado, presente y futuro de tal manera que lo que define el ser o no ser son las condiciones de posibilidad de realización de algo que todavía no ha llegado a ser en unas determinadas circunstancias, pero está llamado a ser, y por tanto ya es al menos en posibilidad, en estado latente. Ahí es precisamente donde se abre el espacio utópico. Bloch no comparte con los expresionistas ni la necesidad de ir más allá del ser humano -algo así como la oferta del super-hombre nietzscheano- ni tampoco la desesperación con respecto al mundo. Su dialéctica entre interioridad y exterioridad, patente desde el inicio del *GdU* liga a ambos, ser humano y mundo, en un entramado metafísico bajo el sello de la esperanza que funge de fundamento para el optimismo militante del autor. No obstante, habrá que esperar a la segunda edición de *GdU* para encontrar las primeras críticas de

Bloch a la fase tardía del Expresionismo, que se hará definitiva en los tres textos sobre Expresionismo publicados en la tercera parte de *Ebrschaft dieser Zeit (Herencia de este tiempo)*.

Lo cierto es que el momento de publicación de la primera edición de *GdU* es un momento de ebullición, un momento de cambio y transformación de nuestro mundo en el que hay una consciencia de cierre de época y de aparición o al menos de necesidad de la aparición de un orden mundial nuevo que se vislumbra en algunos acontecimientos todavía apenas esbozados: el final de la guerra, la República de Weimar, la Revolución Rusa. No es menos cierto que pocos años más tarde ya estaba claro que ninguno de esos acontecimientos estuvo a la altura de lo soñado, y su cosecha de fracasos fue sonada. Sin embargo, es muy destacable la lectura blochiana capaz de ver en esa realidad lo que otros no han visto y que él intuyó y luego trabajó y amasó con ahínco toda su vida. Me refiero a los dos conceptos clave de su empeño utópico que se abren a la luz en *GdU*: “la oscuridad del instante vivido”, la oscuridad del aquí y el ahora, y lo “todavía no conscientemente sabido” que corresponde con lo que “todavía no ha llegado a ser” (Bloch, 1985, pág. 386). Si hemos de fiarnos del propio Bloch, el apartado de *GdU* titulado “La forma de la pregunta inconstruible” está en el medio de estos dos conceptos de alto significado utópico. Algo hemos dicho ya sobre el concepto de “todavía no”, pero todavía no hemos dicho nada sobre el concepto de la oscuridad del instante vivido. Con esa nomenclatura, que muchos coinciden en reconocer como uno de los conceptos recurrentes de la obra blochiana desde *GdU* a *Experimentum Mundi*, Bloch se refiere al hecho constatable de que no vemos en el lugar en que nos hallamos en un determinado instante. Tenemos idea de ese instante bien cuando ya ha pasado bien antes de que llegue, cuando todavía lo aguardamos. Pero no precisamente en el momento en que lo vivimos. La oscuridad de lo inmediato es lo que envuelve el mundo, apareciendo su forma temporal en el instante y su forma espacial en el aquí. Con otras palabras, no menos enigmáticas, pero igualmente certeras, “el presente todavía no es una presencia” (Bloch, 1985, pág. 386). Se trata del punto ciego de la realidad, ese lugar en el que el nervio óptico se inserta en el ojo y es, paradójicamente, ciego.

La cuestión es que para ver esa oscuridad hace falta la distancia de la mediación, pues al pie del faro no hay luz (Jung, 2012). ¿Qué nos permite hacer esa luz? ¿Qué abre el espacio de la mediación que aporta la distancia que hace posible iluminar esa oscuridad para que nos entregue su secreto? La respuesta requeriría entrar en el conjunto de la obra blochiana y eso desborda las pretensiones de este acercamiento, pero sí cabe aportar la respuesta que aporta *GdU*: la pregunta inconstruible.

El concepto de utopía se mueve entre la oscuridad del instante vivido y lo todavía no sabido. La constatación de esa oscuridad plantea un enigma, abre una

posibilidad de conocimiento que fija su primera apreciación en la mediación del tiempo. Especialmente llama la atención el futuro que aparece como lo inexplorado, la *terra incognita* de la filosofía de la que sólo tenemos atisbos, intuiciones, todo lo más, deseos.

En la primera edición de *Espíritu de la Utopía* (1918), Bloch incluye un texto sobre el Quijote, que desaparece en la segunda edición (1923), aunque el tema es recuperado posteriormente en *El Principio Esperanza*. En ese capítulo Bloch se fija en la idea de que en don Quijote reluce una certeza religiosa: aquello que nos es dado, eso que llamamos realidad, no puede ser la verdad, y que más allá de la presente lógica de los hechos “tiene que haber una lógica en paradero desconocido desde hace largo tiempo y enterrada, en la que habita la verdad antes que en cualquier otro lugar” (Bloch, 1971, pág. 64). Descubrir esa lógica, sobre todo descubrir esa verdad, es lo que Bloch se propone desvelar o al menos, en este momento, anunciar.

El territorio que la filosofía ha desdeñado desde sus inicios es el territorio del deseo, de las ensoñaciones y de la fantasía. Ese territorio no tendría ninguna razón de ser si realmente el ser que está dado fuese idéntico consigo mismo, pleno y acabado, tal como nos hemos acostumbrado a considerarlo desde el pensamiento de la ilustración. No hay anhelo posible de lo mejor cuando lo dado es lo óptimo, cuando lo presente es una presencia. Pero resulta que el anhelo, la fantasía y la ensoñación se resisten a dejarnos. No hay forma de deshacerse de ellos. Tienen que ser comprendidos e integrados, pues de lo contrario serían superfluos y carecerían de razón suficiente. Ahí aparece la invitación a, incluso la necesidad y la exigencia de, clarificar los entresijos de una interioridad tan sólo considerada caprichosa debido a la oscuridad que inmediatamente la envuelve, y que sólo sabe de sí misma de forma paradójica y no definitiva, pues se ve obligada a salir de sí y mediarse en la objetividad del mundo sin poder liberarse con ello de desear algo: “Es fácil decir qué se quiere ahora o luego, pero nadie puede precisar lo que quiere en esta vida, por lo demás tan racional” (Bloch, 1964, pág. 343). En el fondo se plantea la exploración de aquellas esferas del mundo y del ser humano (siempre especularmente correlativas en Bloch) que escapan a la lógica de la presencia, a la lógica de lo dado en la realidad material objetiva.

La tesis es que eso que denominamos “lo real” es el lugar en el que se citan y encuentran lo interior y lo exterior, de tal forma que considerados por separado sólo son apariencia de ser (Bloch, 1985, pág. 42). Al desarrollar este punto, Bloch establece, muy hegelianamente, que estamos abocados a lo exterior para saber de nosotros mismos. Observa que no tenemos ningún órgano que sirva para captar el yo o el nosotros, y, a la vez afirma que si no encontramos nada en nuestra interioridad tampoco podemos hallar nada en la exterioridad. No podemos saber

cómo deben ser las cosas sin vernos a nosotros mismos (Bloch, 1964, pág. 253). Hay pues una relación inevitable entre el mundo interior y el mundo de la naturaleza, siendo especularmente recíprocos el uno con respecto al otro, puesto que se construyen refiriéndose constantemente el uno al otro. Esto no significa, en este contexto, una subjetivación tal de la realidad natural exterior que se anule su alteridad. Tales leyes de naturaleza y sus constantes relacionales nos son dadas, nos las encontramos, y sólo nos es dado pensar en las condiciones de posibilidad que nos permiten acercarnos a ellas. Con esta postura ineludible preservamos la entidad de lo exterior sin reducirlo a la esfera del sujeto restándole peso y realidad. Pero constatamos que hay dos consideraciones posibles del mundo según las cuales se distinguen dos planos de realidad: el “laberinto del mundo” y el “paraíso del corazón”. Pero conexos entre sí: somos capaces de interiorizar nuestro “sí mismo” y nuestro modo de representar las formas de lo existente en tanto que construimos caracteres inteligibles.

Ahora bien, el mundo puede hacerse inteligible por medio de un saber que considere exclusivamente las meras apariencias cerradas sobre sí mismas, conclusas, o bien considerar el mundo en el interior oculto del sujeto inteligible, el cual comienza a caminar en la manifestación de la esperanza del futuro.

Dado que el saber teórico se limita a la apariencia, se hace posible un saber práctico que se libera ensanchando la pura razón para hacerla práctica, de manera que los postulados que teóricamente no son demostrables, sin embargo, se muestran en la práctica ineludiblemente válidos *a priori*. Pero esta validez no está asegurada, pues no podemos acudir a nada fuera o por encima de nosotros, y ni siquiera podemos conocer algo sobre la legitimación ideal de los valores en cuanto al contenido, y, de ese modo, estamos solos, instalados en nuestra oscuridad de un infinito y asintótico acercamiento a la meta: el deber ser (Bloch, 1964, pág. 223).

En consecuencia, el concepto no puede ocuparse de los avatares de la existencia del sujeto, de si sufre o es feliz, o de si siendo un humano existente individual puede ser inmortal. El pensador se mete en un camino en el cual ya no contempla a ningún ser humano. Su camino abandona lo peor y se aleja de una existencia que apenas toca el interés por la abstracción, mientras que la necesidad de quien está existiendo consiste precisamente en descifrar qué cosa sea esa existencia que le interesa infinitamente. Esta es la tarea de la subjetividad: no la de atrapar el mundo en sus esencias como si estas estuvieran plenamente realizadas, sino en comprenderse a sí misma en la existencia y conservarse a sí misma como existente (Bloch, 1964, pág. 227).

Puedo ver lo que acabo de querer y vivir una vez que eso se traslada a algo inmediatamente pasado o se anticipa como algo futuro, pero con ello se trans-

forma también, constantemente, la mirada escrutadora y volitiva abismándose en los contenidos escrutados. Entonces ya no es posible poseer vivencialmente lo que justamente acaba de pasar (ya sólo es posible rememorarlos porque no es posible retrotraer el tiempo), y, sin embargo, lo querido, lo vivenciado, no deja de existir, de estar, ni tampoco de producir efectos posteriores, aunque ya no estén conscientemente presentes (Bloch, 1964, págs. 237-238). Es entonces en las ensoñaciones donde se verifica el retorno de lo deseado que ha sido olvidado. Esos contenidos se mueven y se fortalecen en ellas, aunque ya no puedan movilizarnos con la misma fuerza con la que lo hicieron mientras los vivíamos, proporcionando contenidos alucinatorios a nuestros recuerdos.

De este modo, que tanto recuerda a las teorías de Freud, describe Bloch la capacidad que tiene lo no consciente para hacerse consciente y actuar como estímulo de nuestro comportamiento en el mundo. Así se recuperan y se llenan en cierto sentido los sueños, las ilusiones de la niñez. Pero también aparecen en esta modalidad del recuerdo las más valiosas y profundas significaciones de lo que ha sido, y, de esa manera, se salvan, mostrando a la vez un contenido utópico esencial almacenado en el pasado (Bloch, 1964, pág. 238).

Parece entonces que, desde esta tesis, desarrollada según la practicidad y la temporalidad de la razón, resulta inadecuado considerar cualquier contenido cognoscitivo al margen de su dimensión temporal. Esto tiene una consecuencia directa sobre las ciencias específicas, las cuales, en su pretensión de captar lo que es sin nosotros tal y como era, y que se centran en lo material sin analizar su procedencia creatural, se convierten en mecánica vacía que olvida el potencial utópico que subyace a la corriente de la vida, de tal manera que son prisioneras de lo que ya no es consciente, de un pasado tan establecido que en ellas, al final, “sólo ruedan piedras” (Bloch, 1964, pág. 239).

Con todo este recorrido se ha mostrado que la inaprensibilidad, que radica en el ser sometido al dominio del tiempo, se rompe en las ensoñaciones, pues estas nos devuelven lo rescatable de nuestros deseos en un presente en sí abierto a futuro. Y esto a su vez ha servido para establecer el valor cognitivo que Bloch otorga a las ciencias especiales y su saber, que puede calificarse de museístico, en tanto que se limitan a coleccionar los restos fijados del pasado, que apartados de la voluntad deseante que los hizo surgir, carecen de sentido al permanecer exclusivamente en el ámbito cerrado sobre sí mismo de lo dado y considerarlo inmutable. En honor a la realidad, sin embargo, no sólo se espera que se realice aquello que una vez fue consciente y que aguarda su realización y moviliza de algún modo nuestro actuar presente.

Hay todavía algo más que permanece escondido en lo profundo de la vida y que la impulsa hacia adelante sin ser capaz de mostrarse en ningún recuerdo porque nun-

ca formó parte de nuestra conciencia, y que vive en nosotros como anhelo profundo y que nos acompaña en la forma de un desencantamiento, de una única plenitud adecuada, sin nombre, sin dejarse reducir nunca al ámbito de lo que ha sido porque mira siempre más allá de donde está, proyectando sentido hacia el futuro. Bloch se hacía eco de esta experiencia del anhelo que nunca alcanza a ser colmado, del asombro que marca el inicio de la Filosofía, en el relato que a continuación traducimos:

“Uno se encuentra en aquella situación en la que quiere comprar algo, pero no sabe qué. Ansiamos algo, buscamos algo, nos dirigimos hacia algo. Entramos en un gran almacén (y esto se corresponde con la historia de las ciencias), y allí el vendedor nos ofrece todo lo posible. Nosotros, sin embargo, queremos algo, sin saber qué cosa sea. Eso es lo que Brecht, en Mahagonny, expresó con la breve frase: algo falta. Jimmy no podía decir qué era lo que faltaba, pero faltaba algo y eso es lo que él busca, eso es aquello a partir de lo cual él es. Así se nos ofrecen pantalones y zapatos y pipas y armarios y tabaco y cigarrillos y casas y viviendas en propiedad. Pero sus deseos no se dirigían a nada de esto. Y todavía no sabe qué es lo que quiere, qué quiere comprar. Finalmente, algo que justo está a su disposición le camelaré. Y dado que así se aparta completamente de su asombro, de su excitación, de su maravillarse, se conforma y se va. La pregunta originaria que tenía es olvidada” (Bloch, 1985, págs. 383-384).

En esta espléndida narración se da cumplida cuenta de los elementos que se han ido desvelando en el discurso. Está presente la voluntad en su deseo de alcanzar algo que no se sabe qué es. Y ahí subyace el contenido y la forma peculiar en la que la esperanza es inconsciente, oscura: se ansía algo que no se sabe qué es porque nunca se ha experimentado, pero que no se puede dejar de ansiar y que corre el peligro de contentarse por agotamiento con alguna bagatela de las que están disponibles y que, ciertamente, pueden llevar impresa la huella de lo deseado porque alguna vez han sido objeto de deseos conscientes nunca satisfechos que han sido olvidados.

Bloch incluso hace un guiño dedicado a las ciencias, las cuales bien pueden ser comprendidas como una falsa satisfacción del anhelo, pues sólo son capaces de ofrecer simplemente algo preparado en una sistematización objetiva que sigue resultando extraña para un sujeto incapaz de separarse del asombro de su propio querer. Es más, cuando nos hemos olvidado de los recovecos conceptuales resulta que somos tan inteligentes como antes, o puede que peor, porque ha mediado una satisfacción falsa (Bloch, 1971, pág. 366). De manera que sólo un marco interpretativo utópico y escatológico puede dar cuenta cabal de la intranquilidad, del anhelo que está impreso en lo profundo de la existencia humana.

Pero, además, en esa narración aparece una nueva clave que nos abre al sentido de la “pregunta inconstruible” para la cual todas las respuestas son pseudo-respues-

tas y que es el camino para iluminar la oscuridad del momento vivido. Esa clave es el asombro, el maravillarse. Esta condición, esta capacidad, supone que siempre permanecemos fuera o más allá de lo que hemos logrado, y con ello se abre la posibilidad de romper el cerco de la oscuridad que nos envuelve. Una oscuridad que no se deja iluminar por la luz del concepto, pues el concepto no es sino la fijación del instante, su aislamiento de la corriente temporal en la que se mueve la tendencia del ser.

La forma rescatable del conocimiento, la más genuina y adecuada, resulta que es la pregunta; siempre podemos preguntar, manteniendo en la mera pregunta la preocupación por asegurar ese “sí mismo”, esa identidad que siempre se escapa a hurtadillas cuando pretendemos haberla fijado. En el asombro sólo la pregunta está permitida, pues siempre nos asalta el hambre de algo que no está y que es lo único que puede apagar esa sed (Bloch, 1964, pág. 247). El pensamiento no comienza con enunciados cerrados y estables. El pensamiento comienza con el asombro y con la pregunta, es decir, con la búsqueda. Y, además, no sólo cabe preguntar por algo, sino incluso podemos preguntar por la misma pregunta, por su pertinencia, su adecuación, su exactitud. Incluso cabe pensar cuál es la relación del que pregunta con lo preguntado: ¿pregunta el yo por el qué de su objeto, o es el objeto quien pregunta por sí mismo en un yo, o incluso es el yo el que pregunta por sí mismo en el objeto? ¿El mundo es respuesta y el ser humano pregunta o el mundo pregunta y el ser humano respuesta? (Bloch, 1985, pág. 53). De manera entonces que, para Bloch, la clave del conocimiento y de la Filosofía no está en la lógica, entendida como el arte de la argumentación, sino en el arte de la pregunta, al que él llama *problemática*.

En la medida en que no podemos dejar de preguntar, la pregunta se hace interminable, van ensanchando su ámbito de pesquisa, y de ese modo, puesto que todo es cuestionable, relativiza su relación con la respuesta. La respuesta no agota nunca la pregunta puesto que resulta siempre sopesada en la práctica, y ésta, a su vez, suscita la renovación de la pregunta porque siempre puede ponerse en duda. Ahora bien, la pregunta ambiciona una respuesta, por mucho que relativice su relación con ella o incluso sólo la alcance como duda. Y en este sentido, a la hora de valorar la solidez de lo alcanzado en el proceso de preguntar y responder, puede decirse que lo más seguro -lo único de lo que no cabe dudar- es la pregunta y el anhelo de algo que todavía no está establecido. En consecuencia, se puede afirmar que la pregunta es lo que permanece, pues nunca lo apetecido se muestra pleno y colmado en su aparecer, puesto que siempre es posible localizar un resto significativo que puede ser empañado en la aparición y que resultaba ser lo más importante y mejor en el sueño que en su realización. En este sentido Bloch matiza que el contenido del sueño, ese resto empañado que permite mantener la pregunta y el asombro no

caprichosamente sino con fundamento, no es en absoluto lo “ya no consciente”, como en Freud, sino más bien lo que todavía no es. Sobre lo ya no consciente no puedo hablar, y, sin embargo, sí puedo hablar sobre lo que todavía no es y aparece, al menos, como tendencia.

El asombro profundo, el maravillarse por el hecho de que haya algo y no más bien nada (y, si fuese el caso de que no hubiese nada, preguntarse entonces por qué no hay más bien algo), es en sí mismo una pregunta. Una pregunta pura que no debe ser entendida como indicio de su respuesta. Es la pregunta expresada, pero inconstruible porque sólo ella es la respuesta en sí misma existente, permanente, y su expresión pura debe ser considerada como primera respuesta digna de toda confianza porque sólo en ella se fija, sin poder ser desviado, el problema del nosotros. La pregunta resulta tan cercana a nosotros que ella es nosotros mismos. Ella inquiera por la esencia del mundo expresando así nuestro más fundamental deseo, el cual es olvidado, lo mismo que la pregunta, cuando se deja envolver en cualquiera de las respuestas disponibles. Pero la cercanía de la pregunta por la esencia a nuestra subjetividad impide que cualquier respuesta posible nos aporte una conciencia clara de esa esencia o el más alto concepto de ella.

Al pie del faro no hay luz. Es en esa cercanía donde se esconde el enigma, el misterio que supone que algo sea, y eso es lo que debe ser arrancado de la cercanía, de la inmediatez, puesto en una distancia con respecto a nosotros, pero también referida a nosotros. Lo que en realidad deseamos y buscamos es precisamente tener en nosotros el Uno, apasionado y portador de la luz originaria, la identidad que fluye en nuestra oscuridad. Obviamente no es lo más adecuado a este deseo contentarse con las posibilidades de solución que se ofrecen en los problemas concretos y en las respuestas determinadas (Bloch, 1964, pág. 248). El acceso que tenemos a nuestra interioridad es el mismo que nos devuelve nuestra imagen en el espejo, y en esa irización del existente que se siente y quiere interiorizarse es donde nos juntamos con el verdadero infinito, con lo inmediato, desde el cual nos mira, sólo a nosotros, la verdad (Bloch, 1964, págs. 249-250).

En resumen, todo el proceso que se sigue del análisis expuesto con detalle por Bloch en la segunda edición de *GdU*, pero esbozado ya en la edición de 1918, es que lo interior debe devenir exterior, es decir, hacerse naturaleza, y en el mismo acto, debe lo exterior devenir interior. Ese es el dinamismo de la existencia. Esta posición nos preserva tanto del idealismo objetivo como del subjetivo, manteniendo la paridad en la relación dialéctica que entre ambos polos inevitablemente se establece, pues nunca lo interior es fruto sólo de lo exterior y viceversa, siendo a la vez incomprensibles el uno sin el otro, adecuándose mutuamente.



Ahora bien, dado que el ser humano es devenir, puesto que está en camino hacia sí mismo, podemos decir que el mundo correcto y su correspondiente verdad no han aparecido nunca en absoluto. Es más, ese mundo y su verdad están en peligro, puesto que al aparecer se malogran en cuanto llegan a ser algo bien distinto de lo que sería lo correcto. Así queda reflejada la distancia que media entre una idea y su realización, y la necesidad de buscar una mediación capaz de salvar esa distancia. Esa “mediación de lo inmediato es ahora el problema y la tarea: lo inmediato, que ni puede verse ni entenderse a sí mismo, tiene que salir de sí mismo en la mediación del proceso del mundo, de manera que suceda un abrir los ojos, es decir, no sólo que tenga lugar un encuentro consigo mismo, sino también un encuentro del mundo consigo mismo” (Bloch, 1985, pág. 389). Este es el suelo que nutre la raíz del concepto de Utopía y el afecto más blochianamente significativo de cuantos alberga el ser humano: la esperanza.

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Bloch, E. (1964). *Geist der Utopie. Zweite Fassung*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Bloch, E. (1971). *Geist der Utopie (1918)*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Bloch, E. (1985). *Subjekt-Objekt. Erläuterungen zu Hegel*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Bloch, E. (1985). *Tendenz-Latenz-Utopie*. Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Burschell, F. (1965). Der Geist der Utopie. En S. Unseld, *Ernst Bloch zu Ehren. Beiträge zu seinem Werk* (págs. 375-381). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Gay, P. (2011). *La cultura de Weimar*. Barcelona: Paidós.
- Hamann, R., & Hermand, J. (1976). *Expressionismus*. München: Nymphenburger Verlagshandlung.
- Holz, H. H. (1975). *Logos Spermatikos. Ernst Bloch Philosophie der unfertigen Welt*. Darmstadt: Luchterhand.
- Jung, W. (2012). Augenblick, Dunkel des Gelebten Augenblicks. En B. Dietschy, D. Zeilinger, & R. Zimmermann, *Bloch- Wörterbuch. Leitbegriffe der Philosophie Ernst Blochs* (págs. 51-59). Berlin: de Gruyter.
- Kaes, A., Jay, M., & Dimendberg, E. (1995). *The Weimar Republic Sourcebook*. Los Angeles: University of California Press.
- Münster, A. (2004). *Ernst Bloch. Eine politische Biographie*. Berlin-Wien: Philo Verlag.
- Sobiella, J. (2019). *Weimar 1919. Der Llange Weg zur Demokratie*. Berlin: Mitteldeutscher Verlag.
- Susman, M. (1965). Geist der Utopie. En S. Unseld, *Ernst Bloch zu Ehren* (págs. 382-394). Frankfurt am Main: Suhrkamp.
- Susman, M. (1992). *Das Nah und Fernsein des Fremden. Essays und Briefe*. Frankfurt am Main: Jüdischer Verlag.
- Traverso, E. (2001). *La historia desgarrada. Ensayo sobre Auschwitz y los intelectuales*. Barcelona: Herder.

Weitz, E. D. (2009). *La Alemania de Weimar. Presagio y Tragedia*. Madrid: Turner.

Zudeick, P. (1985). *Der Hinter des Teufels. Ernst Bloch Leben und Werk*. Bühl Moos: Elster Verlag.

---

DOI: <https://doi.org/10.15366/bp.2020.24.007>  
Bajo Palabra. II Época. N° 24. Pgs: 137-156

